

fueron; pero los autores mas exactos dicen que escedia su número de ciento y cincuenta. Pretenden otros que su martirio fue en la época de la persecucion de Decio: otros afirman que se les dió el nombre de masa blanca, porque eran tantos, y porque padecieron por sostener la pureza de la fe; mas todos convienen en su grande fortaleza y excesivo número.

Murió poco tiempo despues el Procónsul Máximo, que condenó á San Cipriano, mas con todo la persecucion no dejó de continuar, y prosiguieron sacrificando á muchos Mártires, aun del sexo y de la edad mas delicada. Querian quemar vivos á Lucio, Montano, Flaviano, Primolo y Victor, pero se contentaron despues con encerrarlos en una mazmorra por espacio de seis semanas, donde estuvieron cerca de morir de hambre y de sed, y pasado este tiempo fueron degollados.

36. El encarnizamiento con que trataron á los Cristianos, fue mayor en Numidia. Hicieron una horrosa mortandad de ellos á orillas del rio cerca de Lambesa, y en un sitio dominado por dos colinas, que parecia dispuesto á propósito para un espectáculo tan horrible. Era tal el número de los pacientes, que para evitar la confusion y para que bastase la gente que destinaban para egecutar tan espantoso trabajo, formaron de los Mártires una larga fila, la que recorrian rápidamente los verdugos, cortándoles las cabezas de los cuerpos. Los historiadores dicen, que los muertos fueron tantos que hubiesen impedido el curso del rio, si se hubiesen tirado en un mismo

parage todos los cadáveres. Santiago y San Mariano, éste lector y el otro diácono, fueron los mas esclarecidos entre estos Mártires, y sufrieron antes de morir los tormentos mas abominables: colgáronle á San Mariano por los dedos pulgares, con un enorme peso en cada pie.

37. Mucho tiempo que buscaban á un tal Arcadio en Cesaréa de Mauritania, uno de los sugetos mas principales de la ciudad, así por su religion como por su nobleza; y no pudiéndole hallar los encargados de prenderle, entraron en su casa, se apoderaron de uno de sus mas íntimos amigos, y le juraron que no se veria libre hasta que descubriese donde estaba escondido Arcadio. Lo supo el Confesor, y vino él mismo á entregarse á los que le perseguian, manifestándoles con esto, que no era el miedo el que lo habia precisado á ocultarse. Le llevaron ante el Gobernador, al que confundió Arcadio de tal suerte con la eficacia de sus razones, que arrebatado de un furor ciego y del deseo de venganza, le condenó al suplicio mas cruel y mas pausado. Mandó que le dividiesen todo su cuerpo en menudos trozos, y en varias ocasiones, y sin tocar á ninguna de las partes esenciales que constituyen el principio de la existencia: cortáronle primeramente los dedos uno despues de otro, y articulacion por articulacion, luego los brazos por la juntura de la muñeca, luego por el codo, y concluyeron por el hombro. Lo mismo hicieron parte por parte con los pies, las piernas y los muslos, sin que en medio de tan crueles dolores

se le oyese lamentar tan sola una vez: antes por el contrario, al mirar con un semblante satisfecho todos sus miembros esparcidos á su alrededor, decia que de este modo era necesario perder el cuerpo para encontrarle mas ciertamente en la vida eterna.

38. Fue degollado el Papa San Sixto, segundo de este nombre, que solo habia gobernado la Iglesia el poco tiempo de once meses y dias, en el discurso de esta persecucion, el dia 6 de Agosto del año 258, y la Santa Sede estuvo vacante cerca de un año: lo cual añade otra prueba de la espantosa violencia de la persecucion de Valeriano.

39. Los cuerpos de los Apóstoles San Pedro y San Pablo los habia trasladado San Sixto, en 29 de Junio próximo anterior, á las catacumbas, que eran unos subterráneos muy espaciosos, que habia tanto dentro como fuera de Roma, en donde los primeros Cristianos, como queda dicho, sepultaban á los Mártires, y se ocultaban ellos mismos cuando tenian por conveniente huir de las pesquisas de los tiranos. Se opondria cualquiera al dictámen de los autores de mas nota, si confundiese estos santos lugares con los cementerios que hacian los idólatras para sus esclavos: solo el rencor al culto de las reliquias ó el espíritu de irreligion fue capáz de maquinar esta falsedad que carece de pruebas y de fundamento; cuando por otra parte confunden claramente esta impostura las señales esculpidas en los sepulcros antiguos, como son la cruz y la palma, y las redomas tintas de sangre de los Mártires enterrados en ellas; cuyos testimonios sagrados

y permanentes se encuentran en estas sepulturas todos los dias.

40. San Lorenzo, Español benemérito (*), el primero de los siete Diáconos, ó como le apellida San Agustin, el Archidiácono de la Iglesia Romana, siguió llorando al Papa San Sixto cuando le llevaban al martirio. Y pronosticándole este Santo que dentro de tres dias alcanzaria igual felicidad, distribuyó Lorenzo inmediatamente entre los pobres todos los tesoros de la Iglesia, incluso los sagrados vasos, temiendo que fuesen profanados. Quiso el Prefecto de Roma tener parte en estas riquezas, y esperando alcanzarlo de un hombre tan desprendido como Lorenzo, comenzó á tratarle con distincion y dulzura. El santo Levita le ofreció descubrirle los tesoros de la Iglesia, y señalando dia fijo para esto reunió en él la multitud inmensa de pobres que vivia á costa de la Igle-

(*) Mucho se ha controvertido la cuestión acerca de la patria de San Lorenzo. Unos quieren que sea de Córdoba, otros de Valencia, otros de Tarragona, y el P. Fr. Lamberto de Zaragoza dice espresamente que fue de esta ciudad, aunque sus padres eran de Huesca. Los antiguos Padres que celebraron su fortaleza se contentaron con llamarle Diácono ó Levita Español, y eso debía ser bastante para que segun dice San Leon de Roma por haber allí padecido, pudiéramos nosotros decir, que nuestra España se ilustró con el martirio de San Lorenzo no menos que Jerusalem con el triunfo de San Estévan. El Erudito é Ilustrísimo Señor Perez Bayer se contentó con demostrar que era Español y tambien San Dámaso Papa, sobre cuya patria escribió un tratado. En el dia parece indudable que tuvo este santo Diácono su cuna en Huesca, ciudad antiquísima y célebre del Reino de Aragon. Véase Dormer.

sia Romana, cuyo número pasaba de mil y quinientos en aquel año, sin entrar en cuenta las vírgenes sagradas y las viudas; y manifestándolos al Prefecto le dijo: *estos son los depositarios de nuestros tesoros, á quienes yo he encargado que los transportasen al cielo, para tenerlos mas seguros.* Incapáz de recibir el avaro Prefecto la importante lección que el Santo quería darle, arrebatado entonces de cólera mandó lo estendiesen sobre unas parrillas hechas ascua. Lorenzo se mostró insensible al dolor que le causaba tal tormento, y despues de un corto rato le dijo al Prefecto: *manda que me vuelvan del otro lado, que ya estoy asado de este.* El tirano lo hizo así, y el Santo siguió diciéndole: *con efecto ya está en disposición de que puedas empezar á comer de él.* Hízose tan célebre en toda la Iglesia esta firmeza, que tuvo hasta el postrer suspiro, y Dios manifestó de tal modo el principio que la producía, que aun hoy día se celebra la fiesta de este ilustre Diácono con mas solemnidad que la de algunos Apóstoles.

41. La España cuenta otros varios Mártires del mismo reinado; entre ellos á San Fructuoso, Obispo de Tarragona, quemado vivo, junto con los dos Diáconos Augurio y Eulogio. Ofreciéronles los fieles que les acompañaban al suplicio un licor espirituoso para confortarlos; y siendo viernes aquel día, dijo el santo Obispo: *no han dado aun las tres, todavía no es hora de quebrantar el ayuno; y antes que sea, confío estar con los Profetas y los santos Mártires (*).*

(*) Dependiendo el fijar el año de la muerte y triunfo de

Tuvieron tambien las Galias un grande número de ilustres victimas de la fe; y no se duda en el día

San Lorenzo, de saber el año fijo de la del Pontífice San Sixto, que unos contraen al año 258, otros al 259, y otros en fin al 260, no sabemos si la de San Fructuoso, Obispo de Tarragona, y la de sus Diáconos Augurio y Eulogio precedió ó siguió á la de dicho Diácono glorioso. Parece que todos sufrieron el martirio bajo el Imperio de Valeriano: pues aunque en las lecciones no se espresa el nombre del tirano, en la de San Sixto leemos: *in persecutione Valeriani accusatus, &c.*

La fama de estos Mártires era tal, que su fiesta se celebraba en muchos pueblos de Africa, y se leían públicamente en sus Iglesias las actas, que todavía conservamos, y extractaremos por contener admirables egeмпlos de perfección y caridad cristiana.

De órden de Emiliano fueron llevados el santo Obispo con sus Diáconos á las cárceles públicas, en día de Domingo. Permanecieron allí por seis días, y durante esto los fieles iban á visitarlos y encomendábanse á sus oraciones: y el santo Obispo bautizó á un catecúmeno, y celebró el ayuno del miércoles, no tomando nada hasta las tres de la tarde, segun era de costumbre. El viernes mandó el Gobernador de la provincia que los llevaran á su presencia, y despues de un interrogatorio en que manifestaron su firmeza los Diáconos y el santo Obispo, y en que preguntado Eulogio si adoraba á Fructuoso, respondió, que no, sino al mismo Dios que él adoraba; los condenó á ser quemados vivos. Compadecióse la multitud de los fieles viéndolos llevar al suplicio estremo, y uno de entre muchos compadeciéndose de la ancianidad del Obispo, habiéndole presentado una bebida para que se confortase, respondió Fructuoso que no era todavía hora de romper el ayuno; porque esto sucedía en viernes, y lo mismo que el miércoles no tomaban nada hasta las tres de la tarde.

Habiendo llegado al anfiteatro que era el lugar del suplicio, uno de los fieles se empeñó en que le había de quitar los zapatos, pero el santo Obispo no lo consintió y se descalzó él mismo. Otro soldado Cristiano le suplicó tambien que se acordara

que en esta época acaeció el martirio de San Saturnino de Tolosa, de San Dionisio de París, y de otros muchos Ministros del Evangelio, sacrificados con una porcion grande de fieles.

42. Era entonces Gobernador de las Galias Aureliano, uno de los capitanes mas famosos de su tiempo, y que fue despues Emperador; y puede formarse una idea del trato que daria á los Cristianos, por el odio implacable que tenia contra la Religion, reunido á su dureza feróz, ó por mejor decir, soldadesca, que las mas veces degeneraba en crueldad. Delataron una vez ante él en Troas á un sugeto de distincion, llamado Patroclo, el que cerró generosamente los oidos á cuantas sugeriones y demás medios usó Aureliano para trastornar su fe; y no pudiéndole reducir le mandó atar las manos con cadenas hechas ascuta, y que le encerrasen así en una tenebrosa prision. Hizolo conducir tres dias despues á su presencia, y como el Mártir se manifestase mas animoso y resuelto que antes, mandó que le cortasen la cabeza.

de él; á quien contestó en voz alta: *Preciso es que me acuerde de toda la Iglesia estendida desde Levante á Poniente.* Sobre cuya respuesta, digna de tan santo Obispo, discurre admirablemente San Agustin en uno de los elogios que pronunció de los Santos. Antes de morir exhortó el Santo á los fieles á no temer un dolor momentáneo, y á que esperasen que no les faltaria Pastor despues de su muerte. Habiendo atado á todos tres á otros tantos maderos y cercádolos de leña seca, el fuego que aplicaron se retiraba y no les causaba daño. Pero los Santos hicieron fervorosa oracion á Dios para que no les difriese el sacrificio de su vida; y oidas sus súplicas fueron consumidos por las llamas.

El Oriente no acreditó menos firmeza en la fe que habia recibido. Dió el jóven Cirilo el mayor egemplo de edificacion á sus conciudadanos en Cesaréa de Capadocia, glorificando en público el nombre de Jesucristo, y despreciando, así las chufletas de los jóvenes compañeros suyos, como los duros tratamientos de sus parientes. Prefirió ser arrojado de la casa de su padre, y verse privado de todo humano socorro, antes que desmayar un punto en la fe y el fervor Cristiano. Formó el Juez el proyecto de intimidarle con amenazas, á pesar de estas buenas disposiciones, y este fue un nuevo incentivo para hacer su confesion mas intrépida: probó á reducirle por el camino de la dulzura, acariciándole y haciéndose medianero entre el jóven Cirilo y su padre, le prometió le volveria á establecer en su casa y en la posesion de sus bienes. Entonces Cirilo respondió: „gozo la mas sincera alegría en verme abatido y despreciado; me alegro de verme despedido de la casa paterna; otra mucho mas apreciable me está reservada, y la muerte que tú miras como la última desgracia, es el camino que me guia á aquella suprema felicidad.” Entonces le maniataron públicamente como para llevarle al suplicio; mas el Juez tenia dada orden reservada para que únicamente le hiciesen miedo: sin embargo el jóven héroe no derramó ni una lágrima, ni mudó de color, y se daba traza á caminar apresuradamente hácia la hoguera, donde fingian quererle arrojar. Y habiéndole separado de aquel sitio y presentándole de nuevo al Juez, le dijo con un tono inspirado: „tira-

no, acabas de injuriarme en revocar la sentencia de mi muerte, el hierro y el fuego son los únicos favores que te pido; las riquezas á que aspiro no me las puede dar tu corto poder, y no me prives por mas tiempo de ellas con tus juegos y astucias." Anegábanse en lágrimas todos los circunstantes oyendo al mancebo, mas él les dijo: „vosotros en vez de llorar, debierais alegraros é interesaros en mi triunfo; no sabeis cual es el reino cuyas puertas tengo abiertas, y la dicha inefable que en él me espera." Recibió el golpe de la muerte el jóven Cirilo con tan portentosas disposiciones.

43. Tres sugetos de distincion llamados Prisco, Mateo y Alejandro, fueron condenados á ser depojo de las fieras en Cesaréa de Palestina. Hallábanse el sacerdote Saprício y su amigo Nicéforo, los dos Cristianos, en Antioquía, los que despues de quererse como hermanos, se aborrecieron tanto quanto antes se amaban, y escandalizaban á los fieles poco acostumbrados á tales disensiones. Fue Nicéforo el primero, aunque lego, que reflexionando con detencion quiso acabarlas, y se valió muchas veces de los amigos comunes á ambos para reconciliarse con Saprício; pero todo fue inútil, y no cesó hasta postrarse al Sacerdote pidiéndole perdon, sin que nada pudiese alcanzar. Saprício fue prendido en este intermedio por causa de Religion, y confesó espontáneamente no solo que era Cristiano sino tambien Sacerdote. El Gobernador mandó lo arrojasen en una especie de prensa, en donde padeció los mas horrosos y di-

latados tormentos; y como perseverase en su confesion, se le condenó á muerte. Nicéforo lo supo y fue de nuevo llorando á echarse á los pies del Sacerdote, diciéndole: *perdonadme, Mártir de Jesucristo, perdonadme, así como él perdonó á los que le crucificaban*; pero Saprício volvió la vista á otra parte y no respondió palabra. Nicéforo repitió sus instancias y suplicó tan vehementemente, que los Paganos se burlaron de él como de un loco, no conociendo la causa poderosa que le movia á solicitar con tanto empeño el reconciliarse con un hombre que iba á ser degollado: El instante de la egecucion llegó por fin, y el verdugo dijo á Saprício que se arrodillase para recibir el golpe; y entonces el desventurado renegó de Jesucristo y ofreció que sacrificaría á los ídolos: *no, hermano mio, le gritó Nicéforo, no te desprendas de ese modo de la corona ya teñida con tu sangre, y que te es debida en compensacion de los tormentos que has padecido, ni niegues así al Salvador que va á dejarla caer sobre tu cabeza.* Y no haciendo estas palabras la menor impresion en el ánimo ya pervertido de Saprício, el inconsolable Nicéforo alzó la voz y dijo: *yo tambien soy Cristiano y confieso lo que el Sacerdote Saprício acaba de abjurar; permitaseme reparar el escándalo que está dando y morir en su puesto.* Sin noticia del Gobernador no osaron resolver, y fueron corriendo á decirle lo que pasaba, y este respondió, que diesen libertad al momento al renegado y degollasen á Nicéforo. La corona del martirio fue arrebatada de este modo de la

cabeza del indigno y malaventurado Sacerdote, para ser conferida al humilde y caritativo lego.

44. Tambien volvió por el honor del estado eclesiástico que habia recibido tan fea mancha con el egemplar de Saprício, otro Sacerdote llamado Felix, y restituyó á su antiguo esplendor la caridad cristiana ofendida con un agravio tan señalado. Consumióse la mayor parte de la vida de este nuevo Confesor en los tormentos que padeció por el nombre de Jesucristo, tan dilatados y frecuentes, que no es posible designar sus distintas épocas, y solo puede decirse que terminaron en la persecucion de Valeriano. Felix era un Sacerdote de la ciudad de Nola en Campania, lugar de su nacimiento: amábale el anciano Máximo, su Obispo, como á hijo suyo que le tenia destinado para su sucesor. Mas la persecucion de Decio ó de Galo obligó á Máximo á que huyese á lugares desconocidos ó retirados. Como á Ministro principal de los Cristianos despues del Obispo, prendieron á Felix y le encarcelaron; cargáronle de cadenas, y bien atado de pies y manos le estendieron sobre los cascotes de mil vasijas hechas trozos.

Estaba entretanto cerca de morir de hambre y de frio el anciano Obispo, falto de todo lo necesario, oculto en un monte, en cuya aspereza se habia refugiado. Apareciósele un ángel á Felix por la noche, y le mandó fuese pronto á socorrer á su Pastor. Felix, á quien la prision parece que oponia un obstáculo invencible á su obediencia, graduó aquel mandato de un efecto de la imaginacion exal-

tada mientras el sueño con los pensamientos que la ocupaban de dia. Pero el ángel insistió y le mandó que se alzase, y al punto cayeron las cadenas de las manos del preso, sus pies se soltaron, abriéronse las puertas de la prision y salió por entre los guardas que dormian, caminando como á la ventura, aunque guiado invisiblemente por caminos que le eran desconocidos. Arribó al monte en donde el Obispo, sin haber tomado alimento hacia algunos dias, se hallaba del todo sin fuerzas, y en un estado de desfallecimiento muy parecido á la muerte. Púsose en oracion Felix que nada llevaba consigo para confortarle, y viendo cerca de sí un racimo de uvas pendiente de unos abrojos, lo esprimió entre sus manos y destiló el zumo en la boca del anciano, el que con este socorro comenzó á volver en sí. Cargóle inmediatamente Felix sobre sus hombros y le llevó á su Iglesia, como el santo Obispo se lo rogaba: cuando hubo llegado á la casa del anciano, llamó á la puerta, y una muger vieja que era la única persona que tenia para su asistencia, abrió despavorida, conoció y recibió á su amo, á quien Felix dejó poco despues con el fin de ocultarse en su misma casa, colmado de las bendiciones del santo Pastor.

Verosímilmente bajo el Imperio de Valeriano despues de algun tiempo de paz, volvieron á buscar á Felix. Aunque lo conocian los guardas perfectamente, pasaron estos por su lado sin verle un dia en que le perseguian; pero habiendo reparado en él despues uno de ellos, avisó á los otros y volvieron atrás para

prenderle. Ocultóse Felix prontamente en una casa arruinada que estaba á la orilla del camino, en la que ciertamente iba á ser preso, porque los guardas sabian que acababa de entrar en ella: pero una abertura por la cual habia pasado para ocultarse se vió cubierta súbitamente con telas de araña muy espesas, de manera que los guardas no pudieron pensar que un hombre fuese capáz de entrar por allí sin romper las telas, ni que hubieran podido tejerse en tan poco tiempo, y pasaron adelante. Retiróse el Confesor así que se alejaron á una vieja cisterna, donde por espacio de seis meses le suministró el alimento una muger Cristiana. Mas volvió á presentarse en la ciudad de Nola, restituida la tranquilidad á la Iglesia, cuyos habitantes le recibieron como á un hombre venido de la otra vida. Todos pretendian despues de la muerte de Máximo, darle á Felix por sucesor, y él hizo de suerte que se confiriese la dignidad Episcopal á Quinto, que habia recibido anteriormente las órdenes sagradas: la antigüedad era solo de siete dias, pero bastaba para servir de pretesto á la modestia de un Santo. Era Felix antes de la persecucion señor de muchos bienes, á cuya posesion no le era difícil volver entonces que ya estaba acabada; pero mas quiso perderlos que instaurar un pleito, aunque justo y fácil de concluir, y arrendando un trozo de tierra y cultivándolo laboriosamente con sus propias manos, á mas de sacar para su subsistencia asistia á la de muchos necesitados. Así finalizó su gloriosa carrera procurando ante todo mantener ileso durante la paz el

esplendor de la corona que se habia labrado en tiempo de la persecucion.

45. El Emperador Galieno restituyó la paz á la Iglesia, revocando todos los edictos promulgados contra los fieles, así que se vió único señor del Imperio, que fue en el año 260. Cayó en manos de Sapor, Rey de los Persas, su padre Valeriano, el que despues de la pérdida de una batalla, se habia entretenido imprudentemente en cierta conferencia; y es de notar que el mismo Macrino que le habia inducido á que tiranizase á los Cristianos, fue tambien causa, por malicia ó por imprudencia, de que cayese en poder de su contrario. Mandó cargar de cadenas al Emperador el Persa orgulloso, por mas que le representaron los Reyes sus vecinos, dejándole los vestidos de su dignidad para mayor humillacion. Obligábase Sapor á que se le arrodillase cuando montaba á caballo, y le ponía el pie al cuello en lugar de servirse de estribo. Mandó por fin que lo desollasen vivo, y que salasen su cuerpo, y conservó el pellejo tinto en sangre para eterno monumento del oprobio de los Romanos.

46. Apenas podian creer los vasallos idólatras de Valeriano su infortunio, porque lo contaban en el número de sus mejores Señores; pero los Cristianos conocieron visiblemente el brazo de Dios que descargaba el golpe de su cólera sobre la cabeza de aquel Príncipe, con tanta mayor justicia, cuanto se habia hecho su perseguidor contra sus propias luces y naturales inclinaciones. A su seductor Macrino que se